

Con que al pecho trabaja amor tirano?  
¡Ay! ni mi voz doliente  
¿Qué podrá ya sino gemir en vano?

DAMETA.

Tal vez mi Fili en el dichoso prado,  
Dichoso ¡ay! que goza en su hermosura  
El bien que á un triste amante le es negado,  
Ora en lecho de flores recostada  
Llora mi desventura,  
Y se apresta á la vuelta deseada.  
En tanto ¡dejaré la dulce avena  
De algun tronco en las ramas suspendida,  
Dando al olvido mi amorosa pena?  
¿O bien con su armonía mitigando  
El ánimo afligida,  
Me hallará el alba mi dolor cantando?  
En el oriente claro el sol ponerse  
Verás, Fili; verás cesar, al viento,  
Las ondeantes hojas de moverse;  
No despedir la luna al valle umbrío  
Su luz del albo asiento,  
Primero que yo olvide el amor mio.

ANFRISO.

¡Oh amor, dios del amor, que de continuo  
Te aplices en llenar de amarga pena  
El corazón al amador mezquino!  
Si al triste así castigas inclemente,  
Que arrastra tu cadena,  
¿Quién, di, tu yugo sufrirá obediente?  
Oíd, oíd, zagales, mis clamores:  
No arda de hoy más en el altar tirano

El puro aroma, ni las tiernas flores  
Cifian en torno el ara despiadada;  
Huid su arpon insano,  
Que al lloro entrega el ánima cuitada.  
Del Etna abrasador, amor, saliste,  
O entre los riscos del Caucaso horrendo  
Fiero y críel la luz primera viste;  
No el rayo por las nubes, cual tú bravo,  
Rompe, su seno abriendo.  
Mas ¡oh inútil clamor! yo soy tu esclavo.

POETA.

Así Anfriso y Dameta al triste canto  
Con abundoso lloro fin pusieron,  
Y el denegrido manto  
Sacudiendo la noche, se extendieron  
Del hondo valle al elevado monte  
Las voladoras sombras, rodeando  
En torno el horizonte.  
Entonces el rebaño desparcido  
Conducen al redil: no el sueño blando,  
Ni la callada noche, que al reposo  
Los mortales benigna convidaba,  
Calmar pudieron el gemido amante.  
Ya el Boótes lumbroso,  
Dando la vuelta al polo rutilante,  
Hacia el sonoro mar se despeñaba,  
Y el llanto enardecido  
No dejaban los míseros pastores.  
En él los encontró la blanca aurora,  
Cuando desde el oriente enrojecido  
Matiza y á las flores  
Y monte y valle de su luz colora.

## DON JOSÉ MARÍA ROLDAN.

### NOTICIA BIOGRÁFICA.

#### DEL SEÑOR DON FÉLIX JOSÉ REINOSO.

Nació en Sevilla el 24 de Agosto de 1771. Cursó en aquella universidad las ciencias eclesiásticas, á cuyo estudio dedicó gran parte de su vida, sobresaliendo por su profunda y clásica instrucción en la doctrina y disciplina de la Iglesia: instrucción dirigida por un juicio ilustrado, y amenizada con las flores de las humanidades. Persuadido á que el estudio filosófico de éstas contribuye más que ningun otro á difundir el buen gusto en las ciencias más graves, estableció en dicha ciudad, con otro que aún vive (1), la Academia de Letras Humanas, donde se reunieron los más estudiosos y dispuestos jóvenes de aquella capital. Esta academia duró desde Mayo de 1793 hasta fin de 1801. Fruto de ella fueron las presentes y otras varias poesías de su autor. Con motivo de la publicación de la obra de Juan Josafat Ben-Ezra, escribió en castellano un sabio y elegante comentario del Apocalipsis, que ha quedado inédito. Fué cura de San Marcos de Jerez, y posteriormente de la parroquia de San Andrés de Sevilla: de carácter abstraído y melancólico, celoso en su ministerio, severo en sus principios y en sus costumbres. Murió en 9 de Enero de 1828.

#### ADICION A LA ANTERIOR NOTICIA.

El *Sermon de Corpus*, predicado en la catedral de Sevilla el 22 de Mayo de 1818, y publicado por primera vez en la *Revista de ciencias, literatura y artes* de la misma ciudad (1857), es un elocuente y acabado discurso, que se conserva autógrafo, del Sr. Roldan, modelo de párrocos en San

(1) Es el mismo Reinoso, autor de esta noticia. (Nota del Colector.)

Marcos de Jerez de la Frontera y San Andrés de Sevilla; insigne escritor y poeta, profundísimo teólogo, y uno de los miembros más ilustres de la moderna escuela sevillana. De lo cual dan imperecedero testimonio sus excelentes composiciones publicadas en el *Correo de Sevilla* y en la *Colección de Poesías selectas castellanas* de don Manuel José Quintana, su larga y docta correspondencia literaria con los señores Reinoso y Lista, y sobre todo, su admirable exposición del libro del *Apocalipsi*, titulada *El Ángel del Apocalipsi*, que se guarda entre los más preciosos manuscritos de la Biblioteca Colombina; siendo lamentable no se haya dado á luz para satisfacción de los amantes de las letras y para honra de su patria.

J. F.-E.

## POESÍAS.

### ODAS.

I.

A la venida del Espíritu Santo.

¡Qué divino esplendor al alto cielo  
En viva luz enciende!  
Arde Olimpo; la llama brilladora,  
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo  
Por las auras sonoras se desprende.  
De ardientes globos se corona el muro  
De Salén y Sion: las cimas dora  
A Palestina infiel su fulgor puro.  
Canta, oh mi lira; tu sublime acento  
Penetre la alta esfera:  
Himnos canta á Jehová vivificante,  
Que hoy de los cielos baja en raudó viento  
Y resonante llama. Su carrera  
Anduvo sobre el trueno y torbellino;  
De ciencia y vida, y de valor triunfante  
Llenó el orbe su espíritu divino.

«Murió, dijo Salén: fenezca el nombre  
De ese Cristo fingido.  
Su grey perezca; cual arista leve  
Al fuego puesta, acabe su renombre.»  
¡Contra el Santo, Sion! El cuello erguido  
Sinedrio alzó y la voz; y nuevo ensayo  
Dicta contra el Excelso. ¡Y el alevé  
Así provoca el vengativo rayo!

«Mas ¿quién contra Jehová? del alto trono,  
Do con diestra extendida  
Sacó los orbes de la oscura nada,  
Vió de Moria la cumbre; el fiero encono  
De sus príncipes vió. Despavorida  
La humilde grey se oculta y enmudece.  
Vióla el potente Dios, y desvelada  
La faz, en dulce lumbre resplandece:  
Lumbre que eterno amor vierte inflamado  
En el inmenso seno,  
Y el resplandor de su semblante aviva.  
Depone el rayo en su furor alzado,  
Y al gremio triste inclina el rostro, lleno  
De ternura y amor. «Pequeña grey,  
Alienta, dice, y triunfa: eterno viva  
Tu nombre, esposa fiel del almo rey.»  
Habló el Padre, y del pecho viva llama  
Súbite nace fuera,  
Y el ancho cielo llena de ambrosía.  
Serenó el viento de su luz se inflama,  
Y la tierra en mil brillos reverbera.  
Arde de Pedro la mansion dichosa  
En vellones de luz. ¡Salén impia!  
¡Ay! sólo cegó á tí su lumbre hermosa  
Las vírgenes en gozo arrebatadas,  
Del hondo pecho herviente  
En fuego celestial, sacros loores  
Al alto núnem cantan inspiradas.  
El ternezuelo niño balbuciente

II.

A la resurrección de Jesucristo.

Yacia envuelto en polvo y sangre yerta  
Bajo la losa fria  
El santo de Israel, el pecho herido  
La temblorosa faz de horror cubierta.  
Triste el mundo gemía  
En densa niebla y en temor sumido:  
En medio la alta cumbre  
Doliente el sol oscureció su lumbre.  
La despiadada muerte poderosa,  
Blandiendo su guadaña,  
Con la divina sangre ya teñida,

Refiere su vision al justo anciano;  
¡Feliz! que ya penetra sin errores  
De la salud del mundo el grande arcano.  
En medio la infiel turba alzado Pedro  
Ensalza la victoria  
Del unguido de Dios, y cuál vencida  
Yace la fiera Parca, y torna arredo  
Su descarnada faz. Dice la gloria  
Del que sentado en la celeste cumbre  
De Empireo, igual al Padre, nueva vida  
Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.  
Cuál su lenguaje, ¡oh Dios! Oyó el griego  
Y en sonos no aprendidos  
Los misterios entiende, que el linaje  
Maldice de Jacob, en ira ciego:  
Le oyó el romano; oyó el que floridos  
Los prados huella del Ofir arabio;  
Y el orbe entero al Dios rinde homenaje,  
Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.  
Mas ¿quién surca los plácidos raudales  
Que vierte en onda pura  
Sonoro el Jordan? Prole divina  
Nace al mundo entre gozos celestiales  
Reengendrada en sus aguas. Del altura  
Nueva Salén descende: allí el Inmenso  
Nuevos altares á su honor destina,  
Do más puro se eleva el grato incienso.  
Del culto impio las sangrientas aras  
Yacen en vil escoria.  
No ante Moloc en holocausto horrendo  
Hiere con filo atroz víctimas caras  
El hombre; de Jehová y su viva gloria  
El eterno esplendor es sacrificio:  
Es la víctima ya, que al Dios tremendo  
El rostro airado tornará propicio.  
¿Quién de Marte los bárbaros pendones  
Plegó en paz deliciosa?  
Alzó Pedro la luz, y el Vaticano  
Paz clamó: en tierno lazo las naciones  
Se estrechan abrazadas. Paz, gozosa  
La tierra en derredor; Paz, de su asiento  
El mar resuena: el Padre soberano  
Paz y hermandad grabó en el firmamento.

En torno del sepulcro silenciosa  
Gira con fiera saña,  
Y el humano linaje, envanecida,  
Con ponderoso hierro  
En pena arrastra del antiguo yerro.  
Mas Jehová de esplendores inmortales  
En densa luz velado,  
Del alto empuje en el supremo asiento,  
Do sustenta del orbe los quiciales,  
Y el curso arrebatado  
Fija á los astros su imperioso acento;  
Habló con voz tonante,  
Que sonó de la aurora al mar de Atlante.  
« ¡ Y vencerá Luzbel ? El pueblo insano  
(Dice) del inocente  
El nombre ha de borrar ? El alma nombre  
Que el firmamento adora ? No ; que en vano  
Contra el brazo potente  
Osó el abismo. Triunfará, y el hombre  
De antigua tiranía  
Será de hoy libre : la victoria es mía. »  
No encendido tan súbito en la altura  
Globo de luz brillante  
Por el aire en la noche se desprende,  
Cual del padre Abrahan la mansion pura  
El ánima triunfante  
Rápida deja y el sepulcro hiende.  
Síguela el coro santo  
Que anheló su venida en largo llanto ;  
La oscura tumba en célicos fulgores  
Se inflama : nueva vida  
El pecho sangrentado hinche glorioso,  
Y el rostro baña en cándidos albores.  
Se alzó, y en voz subida  
Vencí, dice : y con eco armonioso  
Tierra y mar resonaron,  
Y del orbe los polos retemblaron.  
« Vencí. Del cielo las eternas puertas  
Con planta venturosa  
El humano entrará. Satan impío  
Logró en vano con artes encubiertas  
La estirpe numerosa  
Del hombre esclavizar : ya el reino umbrío  
Cayó ; mi fuerte mano  
Rompió los hierros del audaz tirano :  
» Salud, mortales ; el amargo lloro  
Desterrad : nuevo día  
A la tierra nació. Piadoso el cielo  
De inmarcesibles bienes el tesoro  
Abundoso os envía ;  
De bienes, que de Eden el grato suelo  
Jamás ¡ oh ! fecundarán,  
Y en vano vuestros padres suspirarán.  
» Oh Dios ! tu brazo fué, tú lo juraste.  
La espada, que potente  
Me ceñiste, triunfó. Tú las naciones  
A mis piés, y los pueblos subyugaste.  
Vuela de gente en gente  
Mi nombre : victoriosos mis pendones  
Del Tártaro profundo,  
Tremolan por los ámbitos del mundo.  
» Cayó, cayó Salén. Roma, tu solio  
¿ Dó está ? ¿ Dó las que el viento  
Enseñas vanas desplegó ondeantes ?  
Mi cruz Pedro arboló en el Capitolio,  
Y fijó eterno asiento  
Mi religión. Ante ellas vacilantes  
Cayeron derrumbadas  
Al ciego error las aras levantadas.  
» Hijo del trueno, vuela ; el pueblo ibero  
En tu celo ardoroso  
Feliz su gloria cifra : eterna gloria  
Reservada á la fe. Del nombre fiero  
En conflicto dudoso  
Triunfó Hesperia : mi cruz es la victoria.  
¡ Oh vírgenes sagradas !  
Cantad, del yugo infame libertadas. »  
Dije : y la cruda Parca el sacro acento  
Oyó, y en triste aullido  
Lanzóse presto al tenebroso lago.  
Estremecióse el avarnal asiento ;  
Y con ronco alarido

Luzbel, gimiendo su fatal estrago,  
Salió del negro trono,  
Y rompió el cetro con feroz encono.

## III.

El natal de Filis.

¡ Qué célicos placeres  
Espira por do quier natura toda  
En tan sereno y delicioso día !  
¡ Cuál la radiante esfera  
En nueva luz ardiendo reverbera !  
¡ Ah ! que de Filis bella  
Tornan los bellos días, en que el cielo  
A la tierra envió de su hermosura  
Una copia acabada,  
Cual pudiera tener hieldad criada,  
Pues canta, lira mía,  
Canta en acorde sún armonioso  
De tan dulce belleza la alta gloria.  
¡ Oh ! suene concertado  
Al Olimpo tu verso arrebatado.  
Canta cuál rutilante  
Febo con nuevos rayos su cuadriga  
Por las cumbres del cielo va subiendo ;  
De blanda lumbre y oro,  
En la tierra sembrando su tesoro.  
Favonio placentero  
La dulce llama esparce, de natura  
Los maternales senos fecundando ;  
La pradera florece  
Y en vistosos matices embellece.  
Como baja risueña  
Vénus Citere en luminoso giro,  
De amores mil en derredor cercada,  
Y con ligero vuelo  
Corta veloz el esplendente cielo ;  
Y á los Eliseos campos  
Llega, do se levanta Asido bella  
Entre lucientes pámpanos y espigas.  
Su carro sobre el viento  
Suspende, y se oye el divinal acento  
Que dice : « ¡ Oh sobrehumana !  
Salve, dulce beldad, del suelo ibero  
Esclareció honor ; vive, y eterna  
Mi célica alegría  
Goce la tierra en su dichoso día. »  
Y el manto desprendiendo,  
De mil flores cargado, al aura blanda  
En ámbares suaves se perfuma  
La esfera cristalina,  
Y en más bellos colores se ilumina.

## IV.

Canto de Febo en loor de Milena, poetisa.

De rosas y jazmin la sien orlada  
Enmedio la pradera,  
Lledo el rostro levanta Primavera,  
En derredor cercada  
De ceñillos mil, que el manto ufano  
Cargados de esmeraldas y rubíes  
En ondas le sacuden, y el tesoro  
De azul, de grana y oro,  
Que de matices borda monte y llano,  
Derraman sobre lirios y alelíes.  
El aterido Invierno  
Huye con faz turbada  
A la hórrida region, do su morada  
Tienen las Furias : la radiante esfera  
En nueva luz ardiendo resplandece :  
Las florecillas el Favonio tierno  
Con leve soplo mece ;  
De frondoso verdor el prado viste,  
Y entapiza su lecho el arroyuelo,  
Que se desliza en giro sonoro,  
Del cristalino hielo  
Los lazos desatados. Todo triste,

Se torna luégo hermoso ;  
Y con belleza y gracia nunca usada  
Se ostenta ya natura renovada.  
Su cuadriga luciente  
Frenando Apolo, del rosado oriente  
Vibraba su fulgor ; y manto oscuro  
A la noche rasgando, mira léjos  
El remoto conñin, do culto puro  
Su númen recibiera, y yace ahora  
En vergonzoso olvido despreciado ;  
Mas descubriendo el hado  
Del mortal, nunca visto, en voz sonora  
Así cantó de los futuros tiempos :  
« Hesperia ¡ oh alma Hesperia ! la edad vino  
En que tu gloria señalado habia  
El oculto destino :  
Llegó felice el día,  
En que, de entre destrozos levantado,  
Mi templo en tí será : furor sagrado  
A encender tornará mortales pechos ;  
Y los heróicos hechos  
Cantaré, arrebatado, el vate hispano  
Que á olvido datá al Griego y al Mantuano.  
Si ; sonarán de nuevo numerosos  
Los ecos de Leon, del divo Herrera,  
Del que cantó de Elisa, sobrehumano,  
La triste muerte en dolorido acento.  
Que así en tí mi primera  
Gloria se ha de cobrar. ¡ Oh, cuán sin cuento  
Los vates han de ver que immortalicen,  
Alma Iberia, tu honor ! Ventura tanta  
Los cielos te predicen.  
» Mas ¡ qué espíritu sacro se levanta  
En la elísia mansion, y al ancho llano,  
Do Lete ondoso gira,  
Mi plectro hace sonar, y el soberano,  
El alma nombre que Helicon canta  
En sonora lira !  
Padre, oh Jove, loores eternos,  
En citarás de oro,  
Te dé en Olimpo el refulgente coro  
De los númenes santos. Tú á Hipocrene  
Aumentarás de las canoras diosas  
La tropa, que en ardores celestiales  
El genio enciende del mortal felice.  
Conoce ¡ oh, Melpomene !  
Caliope ¡ oh ! conoce, ve, Thalia,  
Tú, Clío, ninfas todas, las hermosas  
Hijas del sumo rey, ved ya la hermana  
Que el alma padre os da : tan alta gloria  
Daré Asidonia á la region hispana.  
Por ésta mis altares algún día  
Con nuevo honor en numerosa tropa  
Los vates ceñarán, y el dulce acento  
Subirá en himnos al celeste asiento.  
¡ Oh, tú, virgen sagrada !  
Vén ya, Milena, vén ; ansiosa espere  
Iberia en tí su honor ; vén, y ensalzada  
Por tí su fama llene el ancho esfera. »  
Dijo Febo, y calló : y el cielo santo,  
Que atento oyó su canto,  
Repetió de Milena el nombre hermoso  
Con eco armonioso.

## V.

El hombre vivificador y destructor de la naturaleza.

Inspira tú á mi plectro más sonoro  
El canto ¡ oh musa ! en abundante vena,  
Y mi inflamado acento  
La gloria cantará de la natura,  
Ora que Febo en ráfagas de oro,  
Velada la alta frente, el orbe llena  
De nueva luz y perenal contento,  
Y en musgosa verdura  
Renovada de invierno la faz triste,  
Florido Mayo las praderas viste.  
Mas ¡ qué diestra, en saber omnipotente,  
Así fecunda la anchurosa mole ?  
Jehová, tu sacro acento

III.—Ps, XVIII,

Sonó cual trueno : Olimpo luminoso  
Tembló á tu augusto pié, y el giro ardiente  
La esfera suspendió. Gloriosa prole  
Del humano, á tí habló del alto asiento  
El padre poderoso :  
« Tú, rige el bajo mundo y cuanto encierra  
En hondos senos la inmutable tierra. »  
Oyó natura el eternal mandato,  
Y al hombre ofrece en pródiga largueza  
El dorado tesoro,  
De flores mil cercada la ancha frente :  
De flores que jamás el suelo ingrato  
Revistieran en nitida belleza,  
Bordando el prado de esmeralda y oro,  
Si la reja luciente  
No el rudo seno maternal rasgára,  
Que Delio en vivas lumbres fecundára.  
Si ; que el Potente á la mansion del toro  
El sol llamó, que, en rosas coronado,  
La inflamada cuadriga  
Domando, vida llueve al hemisferio.  
De los vientos sopló sonante el coro,  
Alelíes vertiendo al verde prado,  
Y al ancha vega la dorada espiga.  
De Céres el imperio  
Feraz creció, y entre ámbares suaves  
La esfera hiende el pueblo de las aves.  
En sesgo giro con murmurio blando  
Resbala ledo al prado el arroyuelo  
Sobre tersos tapices  
De lirios y jazmin, tiernas verduras  
En pos del hombre plácido regando.  
De aljofarada hierba al mustio suelo  
Engalana, y esmalta de matices  
Las sombreros llanuras,  
Cuando las altas cimas el aurora  
De rosadas vislumbres pinta y dora.  
En el riscoso monte fiero el bruto  
Sólo pastaba la espinal maleza,  
O ya en sordo rugido,  
Atronando la selva el rudo bando  
Entre abrojos buscaba el toscó fruto.  
Alzó el humano el cetro : la fiera  
Todo viviente amansa, y sometido  
Al imperioso mando,  
En ordenadas tropas sigue al hombre,  
Y escucha dócil de su labio el nombre.  
El rojo toro, la cerviz corvando  
Al toscó arado, en surcos extendidos  
Esconde ya fecundo  
El tierno grano, que en espiga de oro  
Meciera en ondas el Favonio blando.  
En tanto la ovejuela á los ejidos  
Triscando baja, y al Señor del mundo,  
De su crespó tesoro,  
En tersos copos de argentada lana,  
Preciosas vestes le tributa ufana.  
Vivificante amor, de la alta cumbre  
En esplendente vuelo mil delicias  
Entre rosas vertiendo,  
A la humano morada se desprende ;  
El orbe llena de su dulce lumbre,  
Y al tierno esposo, en cándidas caricias  
A la esposa lazado, el pecho hirviendo  
En sacro ardor enciende :  
Corrió el velo Himeneo : el ancho mundo  
De nuevos reyes se pobló fecundo.  
Sobre la muelle arena luégo alzadas  
Las ciudades se vieron, del humano  
Alcázarés lumbrosos.  
Bramante el mar en vano del ibero  
Apartó al indo : en olas encrespadas  
Nadantes orbes al imperio hispano  
El imperio enlazaron victoriosos,  
Do sus rayos primero  
Titan vibrando, del rosado oriente  
Los albos rostros descolora ardiente.  
Mas ¡ qué númen fatal el vago mundo  
Súbito despojó de su hermosura ?  
Enmedio el negro lago  
Bramó con ronco aullido, y la cadena  
Rompió el impio furor, de lo profundo

Muerte, guerra, gritando; guerra dura  
Al humano linaje. Guerra, estrago  
El Averno resuena:  
¡Ois, ois? Ya hierne el aire blando  
De las falanges el fragor infando,  
Huyó la blanca paz: Mavorte fiero  
Los pendones alzó, y tembló la tierra  
Bajo el pié ensangrentado.  
La atroz Parca blandiendo la guadaña,  
Entre hondívago polvo un pueblo entero,  
Y mil y mil en el sepulcro encierra,  
Sonó la trompa, y de metal armado,  
Ardiendo en impia saña,  
Fiero homicida de su propio nombre,  
Contra el hombre la espada esgrime el hombre.  
Entre armiseno horror fallece yerto  
Del dulce amor el reino delicioso.  
¡Cuántos frutos sagrados  
De cándido himeneo hundió en la nada  
El tremendo cañon! Su vigor muerto,  
Yace el orbe en silencio pavoroso.  
Allí fué la ciudad; á Jehová alzados  
Templos aquí; la espada  
Esta vega asoló: tiernos frutales  
El bronce, ardiendo allá, tornó eriales.  
Así en la inculta Libia, nunca hollada  
De humana planta, en arenoso suelo  
Huesos mil amarillos  
Rugiendo el bruto fiero desparciera.  
A do jamas natura engalanada  
Su tesoro mostró, la vida el cielo  
Derramó de su luz, en tñernos brillos  
Sonrosando la esfera,  
¡Ah! sí: que, humano, el hombre anima el mundo,  
Y el hombre lo devasta furibundo.

## VI.

## CÁNTICO DE JOSUÉ.

A Jehová por la victoria de Ayalon.

Cantemos á Jehová. Su heróico hecho  
De Ayalon en el llano  
Mi labio ensalzará. Los altos sones  
A Jehová entona el inflamado pecho.  
Su brazo soberano,  
Y de Jacob los inclitos varones,  
Cuál la estirpe insurgente  
Perdieron de Canaam, y el nombre insano  
Mi acento llevará de gente en gente.  
Habló el Potente, y, á su diestra alzada,  
En Jericó los muros  
Cayeron: cayó Haí. La mano amiga  
Nos tendió Gabaon. Salem turbada  
Lo oyó, y los pechos duros  
Contra aquel pueblo generoso instiga  
De sus ímpios guerreros:  
«Venid, dijo á los príncipes impuros,  
En Gabaon vibremos los aceros.  
»Vibremos, y caerán. Mi invicta lanza  
De Canaam la gloria  
Rebatará á Jacob. Sús: los despojos  
Dividid.» Señor Dios, tú su venganza  
Serás; en tu memoria  
Está Israel. Te alzaste; en sus enojos  
Ardiendo aquel impio  
Te vió, y tembló. En tu diestra la victoria  
Llevas, y en tu siniestra el poderio.  
Los cielos se inclinaron: los querubes  
Son su cuadriga ardiente,  
Sus desplegadas alas raudo viento.  
En densa niebla y fulgurantes nubes  
Veló la angusta frente,  
Que sus llamas enciende al firmamento.  
Se paró; y retemblaron  
Las altas cumbres; bajo el pié fulgente  
Los Amorreos montes se encorvaron.  
Airado está Jehová. El Poderoso

Contra Ayalon su ira  
Fulminó: allí del asta centellante  
Lanzó el rayo en fragor estrepitoso.  
En torno el muro gira  
El sañoso escuadron. Dijo arrogante  
Su rey: «Venid, perdamos  
La insana grey que contra nos conspira:  
Fió en Jacob; su nombre destruyamos.»  
De Lahú allí vinieron iracundos  
Los fuertes: sus pendones  
Alzó Faran, y los que el monte Albeo  
Poblaron: en su encono furibundos,  
Los eglonios varones,  
Con ellos se juntaron. Del hebreo  
Jehová es salud: armado  
Su brazo prepotente las naciones  
Soterra, y frena el orbe prosternado.  
Habló á su siervo: «El brazo tiende ¡oh! tiende  
La diestra vengadora  
Contra Salem y Hebron: en sus depojos  
Saciárase mi pueblo. Vibra, enciende  
El asta asoladora:  
Sus frentes hollarás, en mis enojos  
Lo juré, Yo el Eterno.  
Mi nombre es Jehová; mi faz adora  
El encumbrado cielo, el hondo averno.»  
Erguido el duro cuello, el insolente  
Vió de sus pabellones  
La gloria, y dijo necio: «A la mañana  
Embrazará mi diestra el arco ardiente.  
Subiré mis bridones,  
Sus muros hollará mi planta ufana.»  
Súbito el nuevo día  
Nació: allí de Farán los escuadrones  
Vi postrados; en Beth Eglon yacia.  
Cayó Tafia. ¡De Oham dó la fiereza  
Está? ¡Dó los guerreros,  
Los valientes de Enac? Cual débil humo  
Raudo aguillon, de Hebron la fortaleza  
En bélicos aceros  
Israel dispó. Del cielo sumo  
En lluvia horritonante  
Los combate Jehová: sus dardos fieros  
Granizó el alta diestra fulminante.  
Vibró, y ardieron cual arista seca  
Ante la llama avara.  
¿Quién sube por Bethóron? Los robustos  
De Salem vi turbados en Azeca,  
Y dije: «¡qué! ¡salvará  
En su seno la noche á los injustos?»  
Alcé la voz, y atento  
El sol me obedeció: su giro pára  
La luna, y oye mi imperioso acento.  
¿Quién semejante á tí? Tú hablas venganza:  
¿Quién como tú valiente,  
Santo, eterno Jehová? De tu alma gloria  
Los cielos dan laur. Tú la pujanza  
Postraste, y dura frente  
De Canaam. ¿Quién al sol en tu victoria  
Detuvo? En la alta esfera  
Lo frenara tu brazo altipotente,  
Cual fogoso bridon en su carrera.  
Lo oyeron las naciones y saltaron  
De pavor. Desfallece  
Jabin; resonó en Dor el eco horrible.  
En su encono los pueblos se juntaron  
Contra Israel, y crece  
Cual llamas su maldad. Mas el Terrible  
De su airado semblante  
Lanzará presto el rayo, que estremece  
A su estruendo la esfera vacilante.  
El lo juró con eternal acento,  
Cuando el brazo extendido,  
En Babel dividió la humana gente.  
En medio la ancha tierra eterno asiento  
A su pueblo escogido  
Señaló: allí su diestra omnipotente  
Los pondrá, y las naciones,  
En torno el almo nombre esclarecido,  
Entonarán en métricas canciones,

## DON CRISTÓBAL DE BEÑA.

## APUNTE BIOGRÁFICO.

## DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

BEÑA era hombre culto é ilustrado y de excelente trato. Se habia formado como literato en la escuela del siglo xviii. Hablaba con perfeccion el inglés y el frances. Cuando el escoces Downie organizó la *Legion* llamada de *Leales Extremeños* (1811), nombró capitan y secretario suyo á BEÑA, á quien habia conocido en Cádiz. Escribió éste en algunas obras periódicas con los Carnereros (don José y don Mariano) y con el médico Moya Luzuriaga, bajo la direccion de Capmany.

Era fácil y gallardo versificador, y en prueba de ello citaré una epistola suya, en cuartetos esdrújulos, de la cual recuerdo todavía algunos versos. Sanchez Barbero escribió por los años de 1806 un soneto insultante contra el Conde de Haro, despues Duque de Frias (1); con ocasion de lo cual, se dijo en Madrid que el ofendido habia hecho castigar al insolente escritor. BEÑA, amigo particular del Conde, escribió una epistola burlesca, que empieza de este modo:

Salve, de Juvenal docto discípulo,  
Salud, alumno fiel del cantor Apulo,  
Á quien las musas tejen ya sollicitas  
Verdes coronas de laurel Castálido.  
¡Guerra al audaz! Juremos, sabio crítico,  
Talar entre los dos su imperio alárbico,  
Que yo, para embestir á aquestos miseros,  
Que tremoláras, esperaba, el lábaro.

Contra cierto señor de grandes títulos,  
Y de glorioso tronco digno vástago,  
Osó escribir con furia de frenético

(El Duque de Rivas dictaba estos versos en 1864, esto es, un año ántes de su muerte. El ilustrado anciano no recordaba otras estrofas relativas á aquella anecdota, testimonio de la aspereza de las costumbres á principios del siglo actual.)

BEÑA, emigrado en Lóndres, publicó allí un tomo de poesías medianas, titulado *La Lira de la Libertad*, 1831.

Era ante todo repentista.

(1) Nuestro amigo el señor don Ramon de Mesonero Romanos conserva, entre sus papeles curiosos, una copia de este aciago soneto, hecha de mano del don José Maria de Carnerero. Empieza así:

Coplas infames, cual pudiera un vándalo.  
Y el tal señor, ardiendo en justa cólera,  
Envié media docena de sus fámulos  
Que, al ritornelo de la afrenta métrica,  
Le tocasen la solfa al uso arábigo.

No altivo muestres más tu frente herética,  
Ni con tus versos des nuevos escándalos;  
Que para confundir tu musa bárbara,  
Le sobran á mi musa diez-mil dactilos.....

Grandísimo de España, Conde de Haro,  
Etc.

El soneto no es para publicado.

(Nota del Colector.)